

## ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.

Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.

Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.

Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

## TEXTO

### LUCAS 8,26-56

«<sup>26</sup>Y atracaron en la región de los gerasenos, que está enfrente de Galilea. <sup>27</sup>Pero, tras salir **él** sobre la tierra, fue a su encuentro **cierto hombre** de la ciudad que tenía *demonios*; desde hacía tiempo *no llevaba vestido* y no permanecía en casa, sino *en los sepulcros*.

<sup>28</sup>Pero, viendo a **Jesús**, lanzando un grito, cayó a sus pies y dijo con voz fuerte: “¿Qué tengo yo que ver contigo, **Jesús, Hijo del Dios altísimo**? Te lo suplico, no me tortures”.

<sup>29</sup>Porque había ordenado *al espíritu impuro* salir **del hombre**. Porque en muchas ocasiones lo *atacaba* y se había intentado atarlo para sujetarlo con cadenas y cuerdas, pero *rompía sus ataduras* y era *empujado por el demonio a los lugares desiertos*.

<sup>30</sup>Pero le preguntó **Jesús**: “¿Cuál es tu nombre?”.

Pero él dijo: “*Legión*”. Porque *muchos demonios* habían entrado en él.

<sup>31</sup>Y le rogaban para que no les ordenase ir al abismo.

<sup>32</sup>Pero había allí *una piara* bastante considerable de *puercos* paciando por la montaña; y le rogaron para que les dejara entrar en ellos, y les permitió.

<sup>33</sup>Pero, salidos **los demonios del hombre**, entraron en *los puercos*; y *la piara* se precipitó desde lo alto del acantilado al lago y se ahogó.

<sup>34</sup>Pero, al verlo, **los guardianes** huyeron y lo contaron en la ciudad y en los campos. <sup>35</sup>Pero salieron a ver lo acontecido y fueron donde **Jesús** y encontraron sentado **al hombre**, del que habían salido *los demonios*, vestido y sano de mente, a los pies de **Jesús**, y *se atemorizaron*.

<sup>36</sup>Pero los que habían visto cómo había sido sanado *el endemoniado* les contaron.

<sup>37</sup>Y le pidió **toda la población de la región** de los gerasenos que se alejara de ellos, porque estaban presos de un gran temor.

Pero **él**, subiendo a la barca, se volvió.

<sup>38</sup>Pero **el hombre** del que habían salido *los demonios* ahora le pedía estar con **él**.

Pero lo despidió diciendo: <sup>39</sup>“Vuelve a tu casa y cuenta todo lo que Dios ha hecho por ti”.

Y se fue, **proclamando** por toda la ciudad lo que **Jesús** le había hecho.

<sup>40</sup> Pero, al regresar **Jesús, la muchedumbre** lo recibió, porque estaban **todos** esperándolo.

<sup>41</sup> Y he aquí que vino **un hombre** cuyo nombre [era] **Jairo** que estaba al frente de la sinagoga, y cayendo a los pies de **Jesús**, le rogaba entrar a su casa, <sup>42</sup> porque **su hija única**, de unos doce años, *se moría*. Al dirigirse allá, **las muchedumbres** lo apretujaban.

<sup>43</sup> Y **una mujer**, *padeciendo flujos de sangre* desde hacia doce años, habiéndose gastado toda su fortuna en médicos sin que ninguno hubiera podido curarla, <sup>44</sup> acercándose por detrás, tocó la orla de su manto e inmediatamente cesó el flujo de sangre.

<sup>45</sup> Y dijo **Jesús**: “¿Quién me ha tocado?”.

Pero, negándolo **todos**, dijo **Pedro**: “**Jefe, las muchedumbres te aprietan y te aplastan**”.

<sup>46</sup> Pero **Jesús** dijo: “Alguien me ha tocado, porque **yo** he sentido una fuerza saliendo de **mi**”.

<sup>47</sup> Pero viendo **la mujer** que no podía seguir oculta, vino temblando y, echándose ante **él**, le contó *delante de todo el pueblo* por qué motivo **le había tocado** y cómo había sido curada inmediatamente.

<sup>48</sup> Pero **él** le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz”.

<sup>49</sup> Todavía [estaba] hablando, viene **uno** de la casa del jefe de la sinagoga diciendo: “**Tu hija** ha muerto. No molestes ya **al maestro**”.

<sup>50</sup> Pero **Jesús**, al oírlo, le respondió: “No tengas miedo, solamente cree y será salvada”.

<sup>51</sup> Pero yendo a la casa, no dejó entrar a nadie con **él**, excepto a **Pedro, Juan y Santiago**, así como **al padre de la niña** y a **la madre**.

<sup>52</sup> Pero **todos** lloraban y se lamentaban por ella.

Pero **él** dijo: “No lloréis, porque no murió sino que duerme”.

<sup>53</sup> Y se burlaban de **él**, sabiendo que estaba muerta.

<sup>54</sup> Pero **él**, habiéndole cogido la mano, la llamó diciendo: “Niña, despiértate [levántate]”.

<sup>55</sup> Y **su espíritu** volvió y se levantó inmediatamente; y [él] mandó que se le diera de comer.

<sup>56</sup> Y **sus padres** quedaron estupefactos, pero **él** les ordenó no decir a nadie lo acontecido».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (8,26-39)

➤ Para Lucas lo realmente importante es *la manifestación del poder divino de Jesús y la disminución de poder de los demonios*. El escenario no es el país natal o una «ciudad» protegida, sino «enfrente», al otro lado de las aguas amenazadoras, en tierra extraña y peligrosa. La epifanía o manifestación de dicho poder tiene lugar en *un encuentro*.

➤ *El encuentro (vv. 26-28)*: Lucas, como buen griego, se imagina el espacio geopolítico como un sistema de ciudades con su entorno campesino. No dice expresamente que Jesús vaya por un país pagano; pero está al corriente de las fronteras de la época (3,1-2) y conoce el carácter simbólico de esta travesía para los judíos; subraya además el peligro de esta expedición: la navegación siempre peligrosa y el encuentro angustioso fuera del espacio protegido de la ciudad.

Apenas llega Jesús a tierra firme, el endemoniado viene hacia él. Se nos describe la miseria de su estado: los numerosos demonios (cf. 8,2) lo han despojado de dos señales de humanidad reconocidas en aquella época: el vestido y la vida social. Vive en medio de los sepulcros; se siente, por tanto, más cerca de los muertos que de los vivos. Para la antigüedad, y en particular para los judíos, los sepulcros son impuros. Este domicilio expresa de forma extraordinariamente gráfica el carácter inhumano y “ateo” de la vida de este poseso.

En el v. 28, la voz que sale de los labios del poseso es la de los demonios, que reconocen el poder superior de Jesús. El título de «Hijo del Dios Altísimo» lo confirma; «el Altísimo» puede ser una señal más de que estamos en país pagano, ya que es así como los no-judíos llaman a Dios en la biblia griega de los Setenta.

- *Desde la perspectiva del autor (v. 29):* La reacción de Jesús se nos cuenta en el v. 30. En el v. 29 es Lucas el que habla. El v. 27 describió brevemente la deshumanización de la víctima. Los vv. 28-29 describen su impotencia contra los ataques repetidos del demonio. Las ridículas ataduras con que las personas prudentes, pero impotentes, habían atado al poseso demuestran que luchaba contra fuerzas infinitamente más poderosas.
- *El diálogo sin acabar (vv. 30-31):* El hombre está habitado por una pluralidad de demonios, una «legión». Este nombre de «legión» es una imagen: lo mismo que los ejércitos de los ángeles (Mt 26,53), los demonios están organizados militarmente.  
Sigue otra petición de los demonios. Ahora que Jesús está dispuesto a discutir con ellos, los demonios se atreven a pedir con insistencia. «El abismo» es una palabra cargada de sentido teológico: designa al mundo infernal, lugar de castigo adonde son echados, según la apocalíptica, los enemigos de Dios, empezando por el diablo (cf. Ap 20,1.3). Este lugar va asociado en la imaginación judía al mar, que tiene siempre una connotación negativa.
- *La concesión (vv. 32-33):* La mención de una gran piara de puercos hace prever su caída inminente. Los puercos, animales impuros (Lv 11,7), suponen un contexto pagano o semi-pagano (cf. Lc 15,15). Para el judaísmo de entonces, como para los primeros cristianos, el puerco es el emblema, la señal de los paganos. No tiene nada de extraño que la potencia pagana en particular, con la que estaban entonces enfrentados los judíos, es decir, los romanos, fueran tratados de puercos. Es una ironía de la historia que los romanos mismos hayan provocado esta identificación con las insignias de la décima legión, la Fretensis, estacionada en Siria-Palestina, cuyos emblemas llevaban la imagen del puerco.  
Como también ellos pertenecen a un mundo impuro, los demonios proponen pasar a los puercos. En el v. 31 pedían de forma general (en imperfecto); aquí presentan una propuesta concreta (en aoristo). En el v. 31 querían escapar de una orden de Jesús; aquí, en el v. 32, piden permiso a Jesús («permitir», dos veces). Tan pronto accede Jesús, se produce la expulsión. Como habían hecho antes con el pobre poseso, hostigan ahora a los puercos y se precipitan con ellos por encima del acantilado y mueren. La caída de la piara confirma el poder del Señor sobre el mundo demoníaco.
- *La reacción en cadena (vv. 34-39):* La función de los vv. 34-35 consiste en homologar el suceso. Los porquerizos y los que informan «ven lo que ha pasado». De hecho, no ven todos lo mismo, pero lo esencial es común: el hombre curado: está sentado, tranquilo, en donde antes se agitaba; está vestido, y no desnudo; está en su sano juicio. La normalidad y la salvación no se excluyen. Jesús quiere tener a su alrededor personas cargadas de humanidad. Pero la salvación no se reduce a la normalidad. Las palabras «a los pies de Jesús» lo explican bien: el hombre liberado se ha hecho discípulo, ha entrado en la fase de su formación en el reino de Dios.  
El efecto producido sobre los espectadores no es todavía la fe, sino el temor, ya que el mensaje que han recibido era puro relato sin interpretación. No hay testimonio cristiano que suscite la fe más que cuando el hombre curado, que se ha hecho creyente, proclame la obra de Dios contenida en la acción de Jesús («proclamar», v. 39).  
La información se difunde; falta todavía *la interpretación* de la misma. Lucas interviene, pues, en el v. 36, y lo hace con energía. Según él, los espectadores han visto cómo había sido liberado un endemoniado. Los dos hechos, la posesión y luego la liberación, pertenecen ahora al pasado. Es posible tener conocimiento de los acontecimientos de la salvación, pero esto no basta para creer. Tan solo la interpretación cristiana transforma el relato histórico en evangelio.  
El verbo *sozo* significa concretamente «liberar» de la enfermedad, de la posesión, de la muerte o de la miseria. Significa también la salvación escatológica que Jesús hace efectiva y presente por su predicación y su obra, realizadas en nombre de Dios. Esta presencia de la salvación, que no excluye ni sustituye el cumplimiento final, es lo que hay de más típico en la soteriología de Lucas.

Sin esta interpretación kerigmática, los espectadores de la liberación siguen estando bajo el dominio del miedo. Por eso todos deciden pedirle a Jesús que se vaya, que ponga distancia entre ellos y él. La respuesta de Jesús es concreta: se embarca de nuevo para volver a Galilea.

En los vv. 34-39, la distancia física expresa una actitud interior. Los porquerizos y la población, en su miedo, quieren que Jesús esté lejos; el hombre liberado desea la proximidad de Jesús («quedarse con él», v. 38). Pero Jesús no accede al deseo de este hombre: eso sería, a sus ojos, una solución demasiado fácil. Ser curado y estar salvo (v. 36) es también para Lucas asumir un compromiso. Este discípulo tiene que volver a su familia, mientras que otros por el contrario tienen que dejar la suya (9,59-60; 14,26; 18,28). Su locura lo había alejado de los humanos; su regreso a los suyos es el signo de su liberación. Pero este regreso no será una simple reintegración (¡que ya es mucho!); Jesús le añade una misión, la de relatar su liberación como obra de Dios (v. 39a). Tan solo separándose como adulto autónomo de su salvador, podrá crecer en la fe. El hombre liberado obedece (v. 39b) y se pone a proclamar (término técnico de la misión de Jesús y de los discípulos) lo que se ha realizado en él: la obra de Dios. No solamente su casa (v. 39a), sino toda la ciudad (v. 39b) se entera de lo que ha pasado. De esta manera, *el paso del temor a la fe se hace accesible a todos.*

## SEGUNDA UNIDAD (8,40-56)

- La tradición o Marcos ha entrelazado dos relatos milagrosos (composición a la que se ha dado el nombre de «sandwich») que coinciden tanto en el aspecto narrativo como en el teológico: dos figuras femeninas, una anciana y otra joven, no solo quedan curadas, sino que también son acogidas por Jesús. La cifra de doce años tiene una función para cada una de ellas. En ambos casos, una fe débil se transforma en una fe robusta. El texto es importante para la misión cristiana en el mundo helenista. El Jesús taumaturgo no es el único personaje importante en el relato. Lo que cuenta también son estas *dos figuras femeninas* y su relación con Jesús. Acoge a las dos mujeres, una de las cuales es curada a pesar de su impureza ritual. Esto significa que la comunidad cristiana primitiva, siguiendo a Jesús, concede el perdón a los convertidos y los acoge en su seno.
- Vv. 40-42: La gente que ha acompañado a Jesús (8,4) sigue allí, a pesar del tiempo transcurrido (8,22). Jesús ha dejado su país para una breve estancia a la otra orilla del lago (8,26-27). Después de hacer allí un milagro, vuelve y recibe una acogida calurosa por parte de la gente.  
El v. 41 alinea sobriamente los hechos; todos los lectores miden la grandeza de Jesús cuando un alto dignatario se echa a sus pies y le suplica.  
El v. 42 contiene también algunos elementos esenciales al «esqueleto» del relato, así como varios datos sobre su dramaticidad. Para engrandecer el afecto del padre en un mundo en el que la familia numerosa era lo normal, Lucas señala que la joven es «hija única». Lo trágico de la situación se agrava ante el hecho de que la muchacha moribunda acaba de alcanzar la edad núbil, o sea, *la edad en que podía transmitir la vida*. Jesús atiende la petición de Jairo, pero el relato se desvía entonces y vuelve de nuevo a la gente.
- Vv. 43-48: La presión que la gente ejerce sobre Jesús ofrece la ocasión de hablar de la otra mujer. Su estado es tanto más dramático cuanto que sus hemorragias la hacen impura y, por eso mismo, la excluyen de la vida social. La ley prohíbe todo contacto con ella; por eso «tocar» es aquí una palabra clave. Lv 15,25-30 trata detalladamente el caso de la mujer con hemorragias. La constatación de su impureza va seguida de toda una lista de objetos y de personas que se vuelven impuras por su contacto. La pérdida de sangre, durante las reglas y fuera de ellas, pertenece a la esfera de la muerte y de la impureza, mientras que la sangre que corre por las venas, don de Dios, es portadora de vida (Lv 17,11). La impureza puede propagarse como una enfermedad. La ley de Dios y la tradición humana tienen que proteger la vida, permitir que se conozca con la mayor seriedad la extensión y el grado de impureza ya reinante y prevenir todo agravamiento. No solamente debe ser protegida la enferma, sino el resto del pueblo de Dios.

Según la ley y su interpretación de entonces, la mujer impura no tiene derecho a aparecer en público. El que ella toque a alguien (v. 44) es un pecado y vuelve a Jesús impuro para toda la jornada. En el v. 48, Jesús considera por el contrario el gesto de la mujer como un gesto de fe. El v. 43 cuenta sus vanos intentos de conseguir la curación, concretamente cómo gastó con los médicos toda su fortuna. Lo ha perdido todo, la fortuna y la salud, y su impureza la aparta de las gentes y de Dios. Aun en esta situación tiene el coraje de seguir esperando y de tener confianza en Jesús. La fórmula estereotipada «tu fe te ha salvado» tiene un arraigo sociológico en la comunidad cristiana primitiva: la mujer impura es la imagen de todos aquellos que desearían ser acogidos en la Iglesia. Jesús, representante de Dios, no constituye -a diferencia del santuario de Lv 15,31- ninguna amenaza de muerte para tales gentes impuras. Al contrario, brota de él una fuerza de curación que restaura la vida (v. 46). El carácter repentino de la curación («inmediatamente», v. 44), repetida en el v. 47, confirma el sí de Dios y la nueva concepción de la fe. Para nosotros, esta fuerza irrefrenable tiene algo de mágico. Lucas nos refiere en otros lugares otros milagros por contacto directo (7,14; Hch 5,14; 19,11-12). Aquí quiere expresar la nueva intención salvífica de Dios a través de su enviado. A pesar del enunciado de la fórmula, no es la fe lo que salva, sino *la fuerza de Dios*. Pero la nueva economía de la salvación permite y hasta reclama una actitud humana, la «fe». Con esto, estamos lejos de la magia. La muerte y la vida, la perdición y la salvación se rozan y se siguen en este relato: concretamente, la hemorragia queda detenida por el flujo del poder divino.

A pesar de la crítica de la ley contenida en este relato, Jesús es presentado aquí como judío. Lleva en su vestido las orlas tradicionales (Nm 15,37-39 y Dt 22,12). Era una trenza de cuatro hilos de lana virgen, tres blancos (más tarde, dos) y uno azul púrpura (más tarde, dos) como signo del cielo. Iban cosidos o anudados a los cuatro ángulos del vestido exterior (manto), pero no necesariamente en el extremo. Llevado como se lleva hoy un chal, el manto no bajaba hasta los pies; esto explica que la mujer impura pudiera, en medio de la gente, tocar la orla por detrás. El texto principal sobre estas orlas, Nm 15,37-39, dice que son un signo que recuerda al hombre que no debe seguir («por detrás», aparece dos veces en el texto) sus propios pensamientos pecadores, sino acordarse de los mandamientos de Dios. ¿Querrá sugerir esto que la mujer que está detrás de Jesús y toca las orlas de su vestido quiere guardar en su cabeza la ley de Dios, y no sus propios pensamientos pecadores? En ese caso, la mujer se presentaría como modelo no solamente de fe, sino de la obediencia nueva.

Examinemos el desarrollo del relato. Comienza con un doble contacto con Jesús, primero de la gente (v. 42b) y luego de la mujer enferma (v. 44). Viene entonces la reacción normal de Jesús (v. 45a), que se atrae la respuesta de los que se sienten criticados: todos se excusan y Pedro toma su defensa con corrección y buenas formas (v. 45b). Jesús no se contenta con esta respuesta y replica (v. 46); el «porque he sentido que una fuerza...» tiene algo de amenazador; la mujer, cuyo estado anímico se nos ha descrito con cuidado (v. 47), prefiere confesar la verdad: se adelanta temblando y se echa a los pies de Jesús. Cuenta las dos etapas de su historia o, mejor dicho, la causa y el resultado. El lector contiene su aliento esperando el final de la historia. El momento crítico no es tanto el milagro como la sentencia de Jesús, que es una palabra de acogida. La mujer no tiene por qué avergonzarse de su audacia: su gesto de acercarse a Jesús para tocarle constituye un gesto de fe. Y Dios dice sí a una fe semejante.

Este episodio intercalado tiene que manifestar con claridad que ya es demasiado tarde. La verdadera fe comienza efectivamente cuando, a los ojos de los hombres, es demasiado tarde. Esa fe resiste o se derrumba ante la prueba de la muerte. «La fe sin límites»: así podría titularse la perícopa en Lucas como en Marcos (la versión de Mateo celebra más bien la resurrección y se olvida de la cuestión de la fe). El episodio de la mujer con flujos de sangre obliga a Jesús a llegar *demasiado tarde* junto a la hija de Jairo. Mas para Dios nunca es demasiado tarde, ya que Dios se sirve de semejantes ocasiones para manifestar el señorío de su Hijo.

- Vv. 49-54: El relato parece confirmar ante todo la constatación humana. Se ha desvanecido el resto de esperanza del v. 42. Es lo que viene a anunciar un servidor a su amo Jairo, aconsejándole casi con insolencia: «No molestes ya al maestro».

El v. 50 reviste una elevada importancia teológica: «a él» designa naturalmente, a pesar de la gramática, al padre de la muchacha. El «no temas» debe relacionarse con el contexto de revelación: ha llegado el

momento. El mensajero divino pasa a la acción y exige ante todo que tengan confianza. Así pues, el autor remite al episodio intercalado, en donde estaban ya asociados la fe y la curación (v. 48). Lo que pasa es que la fe no se constata después, sino que se espera antes del milagro. La fe y la salvación se restringen primero al caso concreto de la muchacha muerta, pero el lector mira más allá y comprende que va en ello la muerte, la resurrección y la fe de cada uno.

El v. 51 prepara el milagro con la puesta en escena adecuada. El que tan solo unos cuantos privilegiados asistan al mismo sugiere el misterio: son los tres apóstoles privilegiados, como en otros momentos clave de la vida de Jesús (cf. 9,28), y luego el padre, seguido por la madre.

Las personas que menciona el v. 52 son distintas de los discípulos y de los padres señalados en el v. 51. Tiene que tratarse de los amigos y de las plañideras. Lucas se muestra sobrio y no habla más que de lloros y de golpes de pecho. Para conseguir la calma necesaria para el milagro, Jesús ordena sin embargo a los asistentes que interrumpen el rito. Estos, profesionales en parte, se burlan, lo cual remite a las burlas de los paganos contra la predicación cristiana de la resurrección (Hch 17,32).

«Tomar de la mano» es la expresión bíblica para indicar la ayuda. El gesto y la palabra, lo que no se dice y lo que se dice. Jesús se sirve del gesto y de la palabra para devolver la vida a la muchacha. «Llamó» añade algo a la palabra: el papel que desempeña la voz para anunciar la fuerza performativa de la palabra: «despiértate», «levántate».

- Vv. 55-56: La expresión «y su espíritu volvió» es propia de Lucas. Detrás de ella está la idea de que el espíritu o el alma de un difunto permanece por algún tiempo (los judíos decían que unos tres días) al lado del cuerpo, antes de bajar para siempre a la morada de los muertos. Este segundo milagro de la perícopa, resumido en las palabras «y ella se levantó inmediatamente» es simétrico al primero («e inmediatamente se cortaron los flujos», v. 44). Lucas, como Marcos, emplea aquí *los dos verbos de resurrección: egeiro* («despertar», v. 54) y *anistemi* («levantar», v. 55).

El relato ha alcanzado su punto culminante. Viene luego la confirmación del milagro: la muchacha come (v. 55) y sus padres quedan atónitos. La recomendación de no decir nada no guarda relación con la cristología de Lucas, sino que pertenece al género literario del relato de milagro. Sirve para subrayar la atmósfera de misterio y la modestia del taumaturgo que no pide ni dinero (v. 43) ni gloria.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?